

menos profundos que perjudican también las tendencias democráticas. La crisis económica del Japón ha concentrado el poder económico en pocas manos. Ciertas decisiones políticas, que son exigidas por los aliados, e impopulares en el Japón (por ejemplo, el rearme), obligan a ocultar las realidades. Todo ello: lazos familiares, inclusión

dentro de la red social del Japón tradicional, crisis económica y problemas internacionales, restringen la libertad individual. Y, sin embargo, todo ello no impide un movimiento de liberación, que actúa constantemente y que está llevando a cabo un nuevo y radical progreso de esta progresiva nación.—E. G. A.

H) V A R I A

RICOEUR (P.): *L'Histoire de la Philosophie et l'unité du vrai*, en «Revue Internationale de Philosophie», Bélgica, fasc. 3.º, año 8.º, páginas 266-282.

Cualquiera que enseñe historia de la Filosofía o simplemente la estudie como disciplina de formación filosófica, tropieza con el problema de la significación filosófica de la historia de la Filosofía. Esta cuestión afecta al sentido mismo de la actividad del historiador de la filosofía, pero también afecta al filósofo original, es decir, a aquel que se arriesga en el orden filosófico sin cuidarse demasiado del pasado. En todo caso la historia de la filosofía, por su propia problemática, actualiza el pasado de modo que ni el filósofo más autodidacta puede excluir a Sócrates, Platón, Descartes, Kant, etc.

¿Qué quiere decir que la filosofía ni exista ni haya existido sino a través de una historia que los filósofos hacen y en cada caso re-cuentan? Intentaré responder a esta pregunta por una serie de aproximaciones. En principio conviene que enfrentemos la idea de verdad tal y como a primera vista se nos aparece con la situación histórica de la filosofía. Es precisamente la idea de verdad la que presenta como decepcionante e incompleta la situación histórica filosófica. De acuerdo con la comparación respecto de la idea de verdad, la historia de la filosofía es una lección de escepticismo. En último término la historia no sería sino historia de los errores y la verdad absoluta, por consiguiente, el fin o suspensión de la historia. Para resolver la aporía de la filosofía con la verdad se han ofrecido diversas soluciones, una de ellas, dice, que la verdad no es sino la suma de

verdades dispersas y concordantes, se le puede llamar solución ecléctica. Pero la solución ecléctica, lo mismo que cualquier otra, no satisface, ya que no se puede enfrentar sin más la historia con la verdad, sino que hay que tener en cuenta cuál es la función del historiador y cuál la función del filósofo. Se puede hacer una historia externa, una historia crítica o una historia de comprensión, montada casi siempre sobre la intuición filosófica. La comprensión profunda de una filosofía está más allá de toda tipología, requiere una intuición personal del núcleo creador filosófico y desde este punto de vista, cuando se superan las tipologías, las filosofías propiamente dichas se convierten en inconmensurables; por consiguiente, el trabajo de comprensión de la historia de la Filosofía y la creación de la Filosofía original aparecen como los dos aspectos de una misma búsqueda de la verdad. La historia y la filosofía están en comunicación con la verdad. De tal modo que no cabe decir «yo estoy en la verdad», sino «yo espero estar en la verdad».—E. T. G.

Lorz (Johannes Bapt.): *Geschichtlichkeit und Ewigkeit*, en «Scholastik», Freiburg, XXIX, Jahrgang, Heft IV, 1954, págs. 481-505.

Durante el transcurso de los dos últimos milenios, el fin de la historia se ha previsto desde un punto de vista escatológico y apocalíptico. El carácter escatológico de la historia lo ha dado el cristianismo, quien transformó el sentido histórico de la antigüedad, que tendía a construirse como en la filosofía estoica en ciclos, en un proceso de sentido lineal. En cuanto proceso, la historia no

vuelve sobre sí y se reitera, sino que continúa produciéndose de acuerdo con continuas innovaciones. El sentido lineal está estrechamente vinculado al anterior concepto. La historia no vuelve, sino que sigue.

Ahora bien, el proceso lineal puede llevar a la idea de la inmanencia histórica o de la trascendencia histórica, es decir, puede considerarse que el proceso histórico es un devenir que no apunta más allá de la temporalidad, o puede opinarse, por el contrario, que el proceso histórico trasciende lo temporal y se sume, por así decirlo, en lo eterno. Considerando atentamente las necesarias implicaciones ontológicas de la historia en cuanto historicidad es patente que se refiere necesariamente a lo eterno. Inmanencia sin trascendencia, historicidad sin eternidad, son conceptos sin sentido, ya que de suyo reclaman la polaridad como estructura exigida por su mismo contenido ontológico. Las relaciones entre eternidad e historicidad se han resuelto desde ciertos esquemas típicos, a cuyos esquemas típicos nos vamos a referir. En principio, la historicidad puede separarse de la eternidad, en cuyo caso se llega a dar a la historia un sentido absoluto y autónomo, con lo que lo eterno pierde carácter, ya que son conceptos excluyentes. Se puede, desde un segundo punto de vista, entregar la historia a la eternidad. En cierto sentido que lo eterno predomine realizándose como historia. Es un criterio que alienta en Hegel y que tiene el máximum de sentido en una tercera tipificación, en la identificación de la historia con la eternidad.

Desde el punto de vista cristiano, las relaciones entre eternidad e historia se resuelven sin caer en ninguna de las soluciones apuntadas. El hombre es el sujeto y el objeto de la historia, y en esta tensión de sujeto-objeto se transparenta la eternidad, ya que si en cuanto objeto es historicidad, en cuanto sujeto aspira a lo eterno. En el sujeto de la historia se transparenta la eternidad, y esta eternidad se manifiesta o se identifica con el ser. El ser es la eternidad. De este modo la historia en cuanto tal se realiza en el ser, por el ser y para el ser, lo que responde al sentido escatológico apocalíptico que veía la historia apuntando o dirigiéndose hacia la eternidad. En efecto, la eternidad realiza y contiene la historia.—E. T. G.

SCIACCA (Michele Federico): *Moment scientifique et moment metaphysique*, en «Revue Internationale de Philosophie», Bélgica, fasc. 3, año 8, páginas 218-235.

El pensamiento moderno, desde Descartes hasta Kant, bajo la influencia de la ciencia, que, a su vez, está condicionada por el racionalismo, ha construido una física con pretensiones de metafísica y una metafísica que se puede llamar física. Por este camino se ha llegado a la identificación del conocimiento auténtico con el conocimiento científico o natural. La *Crítica de la Razón Pura* es, desde este punto de vista, una solución filosófica al problema de la ciencia, la justificación crítica de la validez del conocimiento científico, y por consecuencia la hostilidad al conocimiento puramente metafísico. La continuidad de este proceso ha venido a conceder una importancia máxima a lo que se llama metodología. Nos referimos a ella como el medio de precisar los procedimientos peculiares a cada ciencia, por una utilización cada vez más eficiente y rigurosa de esos mismos procedimientos. De este modo la metodología se identifica con lo que yo llamo «análisis de la ciencia». Pero la investigación metodológica y la sutileza y exactitud del procedimiento científico no pueden confundirse con la filosofía. Tener la pretensión de comprender el sentido de la filosofía, de su problemática, desde este punto de vista, es como intentar comprender la música por el baile y la pintura por el tacto.

Según algunas corrientes epistemológicas, el resultado más importante de la nueva ciencia sería el siguiente: Las matemáticas no se fundamentan sobre verdades evidentes de una validez lógica absoluta, sino sobre proposiciones convencionales elegidas entre las más adecuadas a su organización lógica; por consecuencia, la coexistencia de los diversos sistemas lógico-lingüísticos es posible, cada uno de ellos con sus proposiciones convencionales, con su discurso lógico coherente, es decir, con su propio criterio de coherencia formal, de donde se concluye que no hay verdades universales necesarias fundadas sobre un solo criterio absoluto de logicidad. A esta actitud la podríamos llamar científismo, y es una actitud paralela al filosofismo en la medi-